LAS EXCAVACIONES DE SAN PEDRO Y LA AUTENTICIDAD DE SU SEPULCRO

por BERNARDINO LLORCA, S. I.

Mucho se ha hablado durante los últimos años acerca de las excavaciones realizadas desde 1940 en torno al sepulcro de San Pedro. Sin duda, pues, será de particular agrado de nuestros lectores, dar en este número, dedicado al Romano Pontífice, una breve síntesis de una materia, de tan candente actualidad en nuestros días.

Precisamente para ello poseemos algunos trabajos de primera mano, que nos proporcionan una base suficiente y aun abundante. Ante todo, debemos conmemorar la «Memoria», que es una obra monumental en dos volúmenes en folio [1], publicada por los arqueólogos que dirigieron dichas excavaciones. Tiene, pues, carácter oficial y ofrece todas las garantías de seguridad en la interpretación arqueológica de los hechos. En el primer volumen encontramos una exposición sistemática de todos los trabajos y una descripción detallada, acompañada de abundantes dibujos ilustrativos sobre los resultados obtenidos. Como complemento y meta alcanzada de tan laboriosos esfuerzos, se reproducen en varias partes las reconstrucciones ideales de los principales monumentos estudiados, sobre todo, la basílica constantiniana y la primitiva *Memoria* de San Pedro, todo esto estrictamente basado en los restos encontrados en las presentes excavaciones [2].

Además de esta obra monumental, poseemos diversos trabajos publicados por el P. E. Kirschbaum, y muy en particular, la excelente síntesis del mismo, compuesta expresamente por él y publicada en el vol. 125 de la BAC, con el título «La tumba de San Pedro y las Catacumbas Romanas» [3]. La primera parte de dicho volumen la constituye una exposición sintética de lo que tratamos nosotros de dar a conocer aquí, por lo cual,

1. Apolloni Ghetti, B. M.,; Ferrua, A., etc., *Esplorazioni sotto la confessione di San Pietro in Vaticano eseguite negli anni 1944-49*. Pref. de L. Kaas. I. Texto. II Láminas. (Vaticano 1951).

2. La reconstrucción ideal de la *Memoria Apostolorum* puede verse en *Esplorazioni*... I, lám. 5. Asimismo se reproduce en *La Tumba*... (nota siguiente), apénd., lám. 30, y en nuestra obra *Nueva Visión de la Historia del Cristianismo* (Barcelona, 1956), II, p. 888, lám. 63.

3. Esta obra fué publicada por E. Kirschbaum, E. Junyent y J. Vives (Madrid, 1954).

Universidad Pontificia de Salamanca

juntamente con la obra monumental anteriormente citada, formará la base de esta nota.

1. Algunos resultados relacionados con el sepulcro de San Pedro

Son interesantes, en primer lugar, algunos resultados obtenidos en las recientes excavaciones, que aunque ya eran en parte conocidos, han sido ahora completados y sirven maravillosamente para ilustrar todo lo referente a la sepultura de San Pedro. Veamos rápidamente cuáles son los principales.

El primero es todo lo referente a la *necrópolis vaticana*. En efecto, era bien conocido el hecho, que debajo y en torno de la basílica actual de San Pedro, existió un cementerio romano, que fué utilizado como tal antes de Cristo y durante los primeros siglos de la era cristiana. Pues bien, las presentes excavaciones han descubierto gran cantidad de mausoleos de dicho cementerio, que constituyen uno de sus resultados más positivos. Aparecen claramente dos grandes hileras de monumentos sepulcrales, colocados en el declive de la colina vaticana, que confirman plenamente la idea, de que existía en aquel lugar un cementerio de la Roma imperial [4].

Para nuestro objeto, baste hacer las siguientes observaciones: Ante todo, es digna de notarse la rica ornamentación, que se descubre en la mayor parte de estos monumentos sepulcrales. Pueden distinguirse excelentes trabajos de estuco, preciosos mosaicos y gran abundancia de motivos de ornamentación clásica. Destaca en particular por su gran riqueza, el monumento de Valerio Herma [5]. De gran importancia son igualmente los sarcófagos encontrados, entre los cuales predominan motivos báquicos de principios del siglo III. Particularmente dignas de estudio son algunas inscripciones, que nos dan a conocer algunos sentimientos íntimos familiares y algo de la vida romana de este tiempo.

A este último punto se refiere lo relacionado con la vida religiosa, que es el resultado más importante en torno a la necrópolis vaticana. En general, podemos decir, que del examen de esta necrópolis deducimos el estado religioso de los siglos II y III. Claramente aparece la mezcla típica de las más diversas religiones, tal como se hallaba en el imperio romano de este tiempo. Los adoradores de los dioses egipcios yacen al lado de los que veneraban a las divinidades grecorromanas y juntamente con los cristianos.

Pero, lo que a nosotros más nos interesa, se han descubierto igualmente *sepulturas cristianas*, mezcladas con las paganas. Multitud de indicios

4. Véase una descripción breve e interesante en *La Tumba*..., p. 5 s., con buenos croquis e ilustraciones.
5. *Ibid.*, p. 7.

Universidad Pontificia de Salamanca

positivos, en particular algunos símbolos cristianos, lo prueban con toda suficiencia [6]. Pero esto suscita un problema interesante. Porque es bien conocido, que en los siglos II y III poseían los cristianos sus cementerios propios, particularmente los de las catacumbas. ¿Cómo pues, utilizaban para su sepultura este cementerio pagano? Precisamente la respuesta a esta pregunta es uno de los mejores resultados de estas excavaciones, y a él responderemos más adelante.

Pero observemos de un modo muy especial, que en todos estos casos, aun mezclados entre los paganos, dieron los cristianos las pruebas más claras de la integridad de su fe y de sus principios. Por esto no permitieron nunca la incineración, en la que tan condescendiente era entonces el uso romano y en la que claudicaban todas las religiones orientales. Asimismo quisieron que se marcara con toda claridad el carácter cristiano de sus sepulturas. En ellas, en efecto, encontramos el anagrama de Cristo, las figuras de San Pedro y de Cristo, escenas, como el pescador, Jonás arrojado al mar y tragado por el monstruo marino, el Cristo-Helios y otras muy importantes.

En general podemos afirmar, que las sepulturas, con símbolos y características cristianas, encontradas en la necrópolis vaticana, se hallan en mausoleos paganos; solamente se da un caso de un monumento enteramente cristiano, el designado con la letra M, sumamente rico en mosaicos, símbolos y toda clase de ornamentación característica del tiempo [7]. La verdadera situación y actuación de los cristianos respecto de esta necrópolis vaticana podemos concebirla en la forma siguiente:

En el siglo I de la era cristiana, existía sobre la suave colina del Vaticano, donde actualmente se halla la basílica de San Pedro y la Ciudad Vaticana, un cementerio pagano. Ahora bien, por un motivo especial que luego examinaremos, mientras durante los siglos II y III, esta necrópolis pagana se iba desarrollando y embelleciendo, aumentaba entre los cristianos el deseo de ser sepultados en aquel lugar y esto a pesar de poseer en otras partes cementerios exclusivamente cristianos.

En esta forma llegamos a principios del siglo IV, en que tiene lugar el segundo hecho importantísimo, que se ha logrado ilustrar abundantemente por medio de las recientes excavaciones. Nos referimos a la construcción de la gran *basílica de Constantino*, con todas sus circunstancias y características, que constituyen uno de los argumentos más eficaces en favor de la existencia en este lugar del sepulcro de San Pedro [8].

De hecho, ya conocíamos con abundantes detalles esta basílica, que construída a principios del siglo IV, no desapareció hasta los siglos XVI-XVII, en que fué demolida y sustituída por la actual.

---

6. Pueden verse muchos detalles sobre ésto, *ibid.*, p. 9 s.
7. Véanse interesantes dibujos y una amplia descripción, *ibid.*, p. 11 s.
8. *Ibid.*, p. 20 s.

Universidad Pontificia de Salamanca

De esta Iglesia constantiniana nos han quedado, no solamente antiguas descripciones más o menos detalladas, sino sobre todo una compuesta a fines del siglo XVI por el erudito Tiberio Alfarano [9]. Asimismo se conservan diversas pinturas, realizadas a principios del siglo XVII en la cripta de la nueva construcción, donde aparecen importantes puntos de vista de la antigua basílica.

Así, pues, ¿se puede decir, en realidad, que con las nuevas excavaciones hemos descubierto algo nuevo e importante? Todo esto tiene especial significación, si observamos, que con la demolición de la basílica constantiniana, había desaparecido todo vestigio exterior de la misma, pues en realidad no se dejó prácticamente nada de la antigua construcción.

Pues bien creemos poder afirmar, que las recientes excavaciones nos dan a conocer algo y aun nos atrevemos a decir, mucho nuevo e interesante sobre la basílica constantiniana.

Y, en primer lugar, se han podido descubrir, debajo de la actual basílica de San Pedro, multitud de restos de la basílica anterior, por los cuales se ha podido presentar un trazado completo de toda su planta basilical. Ciertamente se ve por ella, que era más pequeña que la monumental basílica barroca; pero aparece suficientemente su inmensa grandiosidad. Así, se han descubierto los arranques de los seis muros que correspondían a sus cinco naves, así como también importantes restos del transepto y del ábside, que han proporcionado una base suficiente para algunas reconstrucciones ideales.

Tal es el primer resultado, que nos descubre diversos puntos de vista nuevos de la gran basílica medieval. Como segunda novedad, podemos señalar algunas particularidades, que nos permiten fijar el tiempo de su construcción, aun prescindiendo de los datos que nos proporciona la tradición. En efecto, con el descubrimiento de los muros de la primitiva basílica, se los ha podido comparar con otros del siglo IV. Así, teniendo presente la clase de materiales empleados y la forma de cruzar o alternar los ladrillos, etc., se ha llegado a la conclusión, que todo ello es idéntico a las construciones constantinianas [10].

Más aún. El examen detenido de los resultados de las excavaciones ha llevado a una tercera conclusión de extraordinaria transcendencia. Consiste en el hecho, de que toda el área, sobre la que se construyó la basílica constantiniana, estaba en declive relativamente rápido en la dirección de norte a sur, y en vertiente más suave, de oeste a este. Por esto se ha podido observar, que por el extremo sur de la basílica, sus muros se levantan sobre una base de hasta unos siete metros artificialmente construída, mientras por el extremo norte y oeste se hubo de realizar un corte profundo en la

---

9. Véanse más datos esta obra, *ibid.*, p. 26.
10. *Ibid.*, p. 21.

Universidad Pontificia de Salamanca

misma colina. Con otras palabras, para conseguir sobre un mismo nivel la gran superficie necesaria para la basílica construída por Constantino precisamente en este lugar donde la construyó, hubo necesidad de realizar imponentes trabajos. Por una parte, se tuvieron que rellenar los inmensos espacios producidos hacia el sur-este con el objeto de llegar hasta la altura necesaria, construyendo para ello, potentes muros de contención; y por otra, efectuar un imponente desmonte por el noroeste, con el fin de rebajar el terreno hasta el nivel deseado.

Ahora bien, este interesante resultado de las recientes excavaciones, tiene una transcendencia extraordinaria. Vemos por él, que Constantino el Grande tuvo sumo interés y una voluntad decidida, de construir precisamente en este lugar aquella grandiosa basílica. Esto significa, que este lugar era particularmente sagrado para él hasta tal punto, que no se arredró ante las casi insuperables dificultades, que se oponían a su designio. Sólo un interés sumo, en construir la basílica precisamente en aquel lugar explica el hecho, que se realizara aquel cúmulo inmenso de obras de demolición y relleno hasta obtener una superficie suficientemente amplia para la gran basílica. Como ponderaremos después, éste es uno de los argumentos más eficaces en favor de la existencia del sepulcro de San Pedro en aquel lugar.

Un cuarto resultado podemos señalar todavía de las excavaciones realizadas: en efecto, se ha hecho algo más de luz acerca del *circo de Nerón* [11]. De hecho, se han propuesto, a lo largo de la Historia, multitud de hipótesis acerca del emplazamiento exacto de dicho circo, y aun se han publicado diversos planos del mismo. Se ha repetido, que el cementerio del Vaticano, y por consiguiente, el sepulcro de San Pedro, estaban emplazados al lado mismo del circo de Nerón. Más aún. Al tratar de la basílica constantiniana, se dió por cierto, que los muros de contención de su extremo sur descansaban sobre los restos de aquel circo, y por consiguiente éste debía extenderse por la parte baja al pie mismo del cementerio vaticano, y consiguientemente la basílica de San Pedro estaba en parte construída sobre el mismo circo. Ahora bien, ¿qué luz aportan a este problema las actuales excavaciones?

En realidad, lo que puede deducirse de ellas es lo siguiente. Ante todo, no parece que ninguna parte de la basílica constantiniana estuviera construída sobre el mismo circo; pues el muro extremo sur descubierto no descansa, como se suponía, sobre paredes o restos del circo, sino que fué íntegramente construído. Por otra parte, no se ha encontrado vestigio ninguno del circo. Mas, por otra parte, éste debía encontrarse muy cerca. En efecto, a muy poca distancia de la construcción del templo actual de

11. *Ibid.*, p. 26 s.

Universidad Pontificia de Salamanca

San Pedro, por el extremo bajo del este, se ha descubierto un mausoleo sumamente interesante. Como se deduce de la inscripción, que en él se encuentra, pertenecía a un tal Popilio Heraclia, y se consigna expresamente, que había ordenado se erigiera este monumento sepulcral en el cementerio vaticano, junto al circo de Nerón (ad Circum). Hallándose, pues, la inscripción en el lugar mismo en donde se colocó, no cabe duda que este sitio está junto al circo de Gayo y Nerón. Tal vez, si se ensanchara el área de las excavaciones por la parte que entonces estaba más baja en dirección al Tíber, se encontrarían restos que permitan señalar con exactitud el emplazamiento del gran circo neroniano.

Por otro lado, es bien conocido el argumento que se deduce del obelisco de la plaza de San Pedro [12]. En efecto, se sabe que este precioso obelisco estuvo cerca del muro de la parte sur de la actual basílica de San Pedro, de donde el Papa Sixto V lo hizo trasladar al lugar que hoy ocupa. Por otro lado, una tradición medieval atestigua que se trata de aquel obelisco, del que el escritor Plinio a principios del siglo II, afirma que pertenecía al circo construído por Gayo y Nerón. Así, pues, conforme a esta tradición, dicho obelisco se hallaba en su lugar primitivo, y por consiguiente, el circo estaba al lado mismo del emplazamiento actual de la basílica de San Pedro.

II. Desarrollo histórico del sepulcro de San Pedro

Ahora bien, la verdadera importancia de estas excavaciones y de los resultados positivos obtenidos por ellas, consiste en que se confirma plenamente la existencia en aquel lugar del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles San Pedro, con lo cual se robustecen más y más la antigua tradición que así lo transmite y toda la argumentación histórica ya conocida [13].

Son interesantes, en primer lugar, las detalladas descripciones, que nos ofrecen los insignes arqueólogos que intervinieron en las excavaciones. Por ellas podemos tener una idea suficientemente clara del desarrollo del sepulcro de San Pedro a través de los siglos. En efecto, a través de sus múltiples envoltorios ornamentales de mármoles y pórfido, se han llegado a descubrir restos interesantes *del primitivo trofeo*, al que alude el cristiano romano Gayo, en su discusión con el montanista Próculo, según lo refiere Eusebio en su Historia Eclesiástica. Ahora bien, como esta discusión tuvo lugar hacia el año 200, el trofeo aludido era anterior, y según múltiples indicios, fué obra del Papa Aniceto (154-166). Más aún. Los restos encontrados son tan significativos, que se ha podido intentar una reconstrucción de dicho trofeo, que consistía en una especie de altar,

12. Pueden verse más particularmente, *ibid.*, p. 26.
13. Véase la exposición de Kirschbaum, *ibid.*, p. 30 s.

Universidad Pontificia de Salamanca

sostenido por delante por dos columnas. Tal fué en realidad el primer monumento erigido al apóstol San Pedro, y no hay duda que debe considerarse como uno de los grandes resultados de estas excavaciones, el haber encontrado tan preciosos vestigios del mismo. Es el primer estadio de la *Confesión de San Pedro.*

Mas no es esto sólo. Entre los múltiples descubrimientos realizados debemos notar un paredón, construído a mediados del siglo III a mano derecha de esta primera *Confesión de San Pedro,* con el objeto de apuntalar convenientemente la obra que comenzaba a desmoronarse. Ahora bien, este muro que apenas tendría en sí ninguna importancia, la ha adquirido grandísima por la multitud de *grafitos* con que lo cubrió la piedad de los fieles en sus visitas posteriores a la tumba de San Pedro. Todos estos interesantes grafitos, que contienen innumerables súplicas de los cristianos, dirigidas al príncipe de los Apóstoles, constituyen una de las pruebas más convincentes de que en aquel lugar se encontraba su sepulcro. De ahí se deduce la extraordinaria transcendencia de este descubrimiento.

Pero la piedad de los fieles no quedaba contenta con la sencillez y pobreza de este primer monumento dedicado a San Pedro. A medida que, durante la larga paz del siglo III, el cristianismo adquiría mayor prestigio y consistencia, aspiraba también a embellecer la tumba del primer Papa. Así, pues, las excavaciones nos descubren cómo los cristianos, a fines del siglo III, *recubrieron con mármoles* la cara anterior del muro, construído como fondo de la *Memoria,* así como también la parte interior del muro antes citado. Más aún; recúbrese igualmente con mármoles la parte baja de la *Memoria o Confesión* y se construye un rico pavimento de mosaico. Tal es la forma en que, conforme a los nuevos descubrimientos, se hallaba la *Memoria* del apóstol San Pedro antes de la transformación realizada por Constantino.

En efecto, uno de los descubrimientos más interesantes de las excavaciones es, no sólo el determinar las múltiples particularidades, que hemos notado anteriormente acerca de la gran basílica constantiniana, sino los trabajos realizados por Constantino en torno al mismo sepulcro o a la *Confesión de San Pedro.* Ante todo, como se expresa el P. Kirschbaum «Constantino entierra una parte de la ciudad sepulcral vaticana con sus ricos mausoleos; levanta enormes muros, aplana el flanco de la colina para que la antigua Memoria apostólica con su preciosa tumba pueda quedar situada en el punto central de una espaciosa basílica. El monumento mismo queda aislado por una manera de estuche de mármol y pórfido con un ciborio rodeado de magníficas columnas orientales. En verdad un monumento sepulcral digno del Príncipe de los Apóstoles» [14].

Pero sigamos adelante el desarrollo ulterior de la Confesión de San

14. *Ibid.*, p. 55.

Universidad Pontificia de Salamanca

Pedro. Pelagio II (578-590) y S. Gregorio Magno (590-604) dieron todavía un paso importantísimo, que ha quedado suficientemente ilustrado con las presentes excavaciones. El *Liber Pontificalis* nos comunica, que Gregorio Magno hizo una serie de obras con el objeto de que se pudiera celebrar la Santa Misa sobre el cuerpo del Príncipe de los Apóstoles [15]. La manera cómo lo realizó aparece claramente en las excavaciones. Sin tocar nada de la obra de Constantino, levantó notablemente todo el nivel en torno de la Confesión, de manera que el sepulcro primitivo, con la *Memoria* recubierta de mármoles, quedara hundida bajo tierra, y sólo su parte superior alcanzara la altura del nuevo presbiterio, y sobre el sepulcro y en la parte superior de la *Memoria* construyó el altar, donde se pudiera celebrar el Santo Sacrificio. Más aún. Las cuatro columnas colocadas anteriormente detrás de la *Confesión,* fueron trasladadas delante de la misma, de modo que formaran una hilera con las dos ya existentes. Al mismo tiempo se construyó, a la altura del sepulcro, un corredor o *deambulatorio,* que daba por debajo la vuelta entera en torno al monumento sepulcral. Por este corredor entraban los fieles para venerar al Príncipe de los Apóstoles durante los siglos siguientes. De este modo se podía llegar hasta las proximidades inmediatas de los restos de San Pedro, y así se explica, que sobre los muros construídos a los lados de la primitiva *Memoria,* fueran aumentando constantemente los *grafitos* de los visitantes.

En esta forma, poco más o menos, quedó el *Sepulcro de San Pedro* hasta los tiempos modernos. La *Confesión,* con la transformación realizada por San Gregorio Magno, y la gran basílica constantiniana, permanecieron hasta que en los siglos XVI-XVII se demolió completamente la basílica y se construyó la grandiosa obra barroca, iniciada por Bramante, continuada por Miguel Angel y terminada por Maderna. La *Confesión* medieval, con su nuevo aspecto barroco, recibió el baldaquino triunfal de Bernini. Por la parte subterránea persiste substancialmente el *deambulatorio* de San Gregorio Magno, que conduce a la proximidad inmediata del sepulcro y de los restos de San Pedro.

Sin embargo, por lo que a los restos del Apóstol se refiere, debemos observar, que las excavaciones han llevado a un resultado aparentemente desilusionador [16]. Por una parte, se ha comprobado, que en el interior del sepulcro no se hallaban restos ningunos. En cambio, se han encontrado restos humanos de hombre, de edad provecta y de vigorosa estatura, colocados debajo del nicho y formando como la base del mismo, al ser éste reconstruído en alguno de los períodos de su evolución. Todo esto ha dado a los arqueólogos la seguridad más absoluta, de que San Pedro fué sepultado en una tumba sumamente sencilla y pobre; posteriormente fué re-

15. Véase I, p. 312. Asimismo *La Tumba...*, p. 34.
16. *La Tumba...*, p. 48.

Universidad Pontificia de Salamanca

movida y deteriorada, pero se trató de envolverlo todo junto en lo que a partir del Papa Aniceto y de Constantino constituye la base de la *Confesión de San Pedro*. En vez de desilusionar, estas circunstancias, en su crudo realismo, nos dan todavía mayor seguridad, de que se trata de los restos y del sepulcro del Príncipe de los apóstoles, San Pedro.

III. AUTENTICIDAD DEL SEPULCRO DE SAN PEDRO

En efecto, las recientes excavaciones nos proporcionan una serie de argumentos irrebatibles sobre la autenticidad del sepulcro de San Pedro, e indirectamente también, de los restos encontrados.

Así, pues, aunque han sido ya insinuados en la exposición precedente, creemos oportuno dar aquí una síntesis ordenada de los mismos, ya que, indudablemente, constituyen el mejor resultado de los trabajos realizados.

En primer lugar, hablando en general, el hecho de que a través de los siglos se haya tenido constantemente un interés tan especial en embellecer este sepulcro, en visitarlo y venerarlo, es prueba evidente, de que se trata del sepulcro del primer obispo de Roma, según lo atestigua la tradición. Sólo así se explican todos los trabajos realizados en torno a este sepulcro.

Más particularmente, la *multitud de sepulturas cristianas* descubiertas en torno a este sepulcro, es clara prueba de que se trata de la tumba de San Pedro. Dos son las razones que dan fuerza particular a este argumento. En primer lugar la forma o disposición de estas tumbas cristianas, en las que puede observarse, que guardan especial deferencia a la tumba principal, particularmente venerada. Además, teniendo presente, que los cristianos poseían cementerios propios, y sobre todo, el deseo que todos ellos sentían, de ser sepultados junto a los demás cristianos, debemos concluir, que sólo un motivo muy poderoso los podía impulsar a querer ser sepultados en el cementerio pagano del Vaticano, y éste no podía ser otro, sino el saber que allí se hallaba el sepulcro de San Pedro. Por esto, cuantas más sepulturas cristianas se descubran, más fuerza adquiere este argumento.

De gran peso es igualmente el argumento que se deduce de los *restos del trofeo del siglo II* y su coincidencia con el que conmemora Gayo en torno al año 200. Por consiguiente, ese monumento, que Gayo presentaba como prueba clarísima de la existencia en aquel lugar del sepulcro de San Pedro, queda ahora plenamente identificado por las recientes excavaciones.

A esto se añade la gran *multitud de grafitos*, que a partir de estos mismos tiempos primitivos, fueron dejando los cristianos en las proximidades del sepulcro. Como no puede caber duda ninguna de la auten-

Universidad Pontificia de Salamanca

ticidad y de la antigüedad de tales grafitos, su testimonio es de una fuerza innegable. En realidad no puede dudarse, que los cristianos, que desde el siglo II dejaron allí consignados sus nombres y sus súplicas al Príncipe de los Apóstoles, creían firmemente, que allí se hallaban su sepulcro y sus restos. Por consiguiente debemos creer, que esto respondía a la realidad.

De una fuerza abrumadora es el argumento que se deduce de toda la *obra realizada por Constantino el Grande,* que tan brillantemente ilustrada ha quedado en estas excavaciones. Ante todo, vemos que embellece de una manera extraordinaria el sepulcro o la *Confesión de San Pedro*. Pero, sobre todo, concibe y realiza la colosal obra de levantar sobre aquel sepulcro singular una imponente basílica, que tiene claramente el carácter de monumento sepulcral. Ahora bien, para apreciar debidamente el sumo interés que debía tener Constantino y la magnitud del motivo que debía inducirlo a realizar tamaña empresa, debemos tener presentes estas dos observaciones. Por una parte, que toda aquella área era un cementerio romano, y que, según las leyes romanas, era sumamente dificultoso cambiar el destino de esa clase de terrenos. Constantino, pues, tuvo necesidad de emplear todo su poder como emperador y como jefe supremo en lo religioso, para imponerse a esta ley romana.

Más aún. Ya se ha ponderado anteriormente la gigantesca obra que se vió obligado a realizar Constantino, hasta llegar a formar una superficie bien nivelada y suficientemente amplia para la gran basílica, teniendo presente el gran desnivel del terreno en aquel lugar. La magnitud de esta obra depende del punto de partida de toda ella, de colocar como centro de aquella gran superficie aquel sepulcro, que luego quedó colocado debajo del altar mayor de la basílica. Si hubiera construído aquel grandioso templo algo más abajo, la dificultad hubiera disminuído extraordinariamente. Pero es evidente que Constantino quería a todo trance conservar aquel sepulcro como centro de toda su obra, y que precisamente realizaba tan extraordinarios trabajos para honrar aquel lugar y los restos allí conservados.

Es evidente, pues, que Constantino tenía la íntima persuasión, de que en aquel lugar se hallaban el sepulcro y los restos de San Pedro. Sólo así se explica que, contra todas las leyes romanas, cubriera los mausoleos e hiciera desaparecer aquel cementerio pagano; luego, pusiera en juego todo su poder para la construcción de la gran basílica de San Pedro, y finalmente le asignara innumerables riquezas para su ornamentación y para el esplendor del culto. Pero, esto supuesto, nos preguntamos: esta certeza de Constantino de que allí se encontraban el sepulcro y los restos de San Pedro ¿respondía en efecto a la realidad? Así lo creemos con toda seguridad; pues Constantino, tan próximo al primer desarrollo del sepulcro de San Pedro, tenía medios suficientes para informarse sobre la verdad

Universidad Pontificia de Salamanca

de aquellos hechos, y no hubiera realizado tan imponentes trabajos sin tener la más absoluta seguridad sobre la autenticidad del sepulcro y de los restos de San Pedro. Esta certeza de Constantino es indudablemente un argumento poderosísimo en favor de la autenticidad.

Los trabajos ulteriores realizados por los Papas Pelagio II y San Gregorio Magno, que tan claramente nos descubren las nuevas excavaciones, son una preciosa confirmación de esta seguridad de Constantino. También las generaciones siguientes y la generación entera de San Gregorio Magno en torno al año 600, tenían la más absoluta seguridad de que en el interior de la Confesión de San Pedro se encerraban su sepulcro y sus restos. Ahora bien, aquellas generaciones, además de conocer todos los argumentos históricos que nosotros conocemos, habían recibido de viva voz el testimonio anterior de la tradición, que con sus trabajos en torno a la Confesión de San Pedro, confirman plenamente y transmiten íntegramente a la posteridad.

Los siglos siguientes hasta nuestros días no harán otra cosa, sino comunicar más y más fuerza a ese argumento en favor de la autenticidad del sepulcro de San Pedro, tan clara y elocuentemente probado por los resultados de las recientes excavaciones.

Universidad Pontificia de Salamanca